



Biblioteca Cero:

Palabras que cuentan

© Todos los derechos reservados.
Publicación sin fines de lucro.
Prohibida su venta y reproducción.

ISBN: 978-956-404-487-3

Biblioteca Cero “Palabras que cuentan” ha sido publicado y financiado por CFT ENAC, como parte del proyecto CREA ENAC “Biblioteca Cero” 2023, impulsado por el área de Innovación.

Convocatoria y edición de textos: Camila Miranda Urrea.
Ilustración portada y diagramación: Nataschia Navarro Macker

Impreso en Santiago de Chile



Biblioteca Cero:

Palabras que cuentan



Índice

Agradecimientos	7
Querida Yo	9
Noche de insomnio	11
Había una vez un ogro	13
Feliz cumpleaños	15
Nos miramos a los ojos	17
(Sin título)	19
(Sin título)	21
Anhelo	23
(Sin título)	25
El mundo sigue girando	27
(Sin título)	29
En nuestras memorias	31
(Sin título)	35
Camino a casa	37
Ella	39
Entre velos	41
Me gustan los árboles	43
(Sin título)	45
La plaza	47
(Sin título)	51
Las aventuras del Lleyo	53
Historias de mentira	57
La boda	61

Agradecimientos

Biblioteca Cero vuelve una vez más con una convocatoria en tiempo récord, pero que igualmente se nutrió de valiosas e interesantes creaciones de estudiantes de ENAC.

Agradezco en esta oportunidad a mis compañeras de equipo, por su entusiasmo y dedicación para llevar adelante este proyecto: Jenniffer Román, Macarena Gormaz, Isidora Orellana y Elizabeth Cerda.

Además, esta convocatoria no hubiera dado sus frutos sin el apoyo de los docentes de Técnico en Bibliotecología y Documentación, Lorena Saldías y Luis Sánchez, quienes nos obsequiaron minutos de sus clases para dar a conocer el proyecto y los detalles de la convocatoria a nuestros compañeros de primer año de la carrera.

Agradezco además al área de Innovación, por seguir apoyando el proyecto de Biblioteca Cero en esta segunda versión, en especial a Gabriel Rivera, por toda la coordinación de los CREA ENAC y a nuestras mentoras Rosa Araya y Michelle Matthey que nos apoyaron en la revisión y formulación del proyecto.

Agradezco a nuestros compañeros que se animaron a participar con sus historias, relatos y poemas y formar parte de este libro recopilatorio.

Y finalmente, agradezco a quienes estén leyendo estas palabras y les invito a conocer los corazones, sueños e ideas de quienes formaron parte de esta biblioteca imaginaria, una biblioteca vacía que, palabra a palabra, hemos hecho crecer.

Camila Miranda
Líder del proyecto Biblioteca Cero

Querida Yo

Querida Yo:

Espero que al recibir esta carta te encuentres muy bien. Hace mucho que no sé nada de ti, pero guardo muy lindos recuerdos tuyos. Quisiera que retomáramos contacto, que volvámos a conversar, quizás salir, aunque, si no me equivoco, prefieres una velada tranquila en casa. ¿Te parece unas galletas con pesto y un rico vino tinto y que la conversación y los recuerdos fluyan?

Quiero hoy ser sincera contigo y decir lo arrepentida que estoy de no haber sido más cariñosa, no haber contenido tus tristezas ni haber sido un real apoyo con todas esas cosas que querías hacer y que yo, de manera egoísta, te llené de miedos y por ende, terminaste desistiendo. Siempre te quise, pero no sabía cómo decírtelo y preferí callar y/o bajar tu entusiasmo. Así pensé que estarías mejor. Puse distancia entre nosotras, pero me las ingenié para, de vez en cuando, ver o escuchar qué ocurría contigo. Así supe de tus tristezas, de las pérdidas que has sufrido. Lo siento, sé que hace poco tomaste una hermosa decisión y regresaste a estudiar y que te va bien y estás un poco cansada, pero feliz. Me alegro mucho y estoy muy orgullosa de ti, de lo que has logrado y de lo que vas a lograr, porque estoy segura de que lo harás. Se vendrán muchas cosas bellas para ti. Te pido que no flaquees, sigue así, queriéndote cada día más, confiando y creyendo que tú sabes, que eres capaz y que llegará muy lejos. Te veo triunfando.

Querida Yo, estoy esperanzada en retomar nuestra amistad y confianza, algo que jamás te di, pero hoy estoy dispuesta a dar el paso y te ofrezco mi mano y mi cariño.

Te quiero.

Atentamente, Yo.

Elin Magun Lucero
Técnico en Bibliotecología y Documentación

Noche de insomnio

Es una silenciosa noche de luna llena, no tengo ventana en mi habitación, pero sí un tragaluz por donde la luz lunar se filtra e ilumina todo el lugar. No puedo dormir, giro mi cuerpo a la derecha, no es una posición cómoda. Volteo a la izquierda, está mucho mejor, pero sigo sin conciliar el sueño.

Me quedo de espalda mirando al techo. Extraño mi techo estrellado, desde que lo pintaron no fue posible volver a pegar figuras fluorescentes. Miro al rincón, mi ropa limpia sin guardar se está acumulando. Cierro los ojos, suena mi teléfono, me llegó una notificación: Duolingo me recuerda no perder mi racha de 168 días.

Nuevamente cierro los ojos, suena mi teléfono otra vez, notificación de Pinterest: “27 nuevas ideas para tu tablero”. Ingreso, me gusta esa imagen, esta otra también me gusta.

Esto no está funcionando, silencio mi teléfono y lo dejo de lado. Vuelvo a voltear a la derecha, aún es incómodo. Miro mis peluches ordenados en la repisa, me quedo mirando fijamente a uno de ellos, me doy cuenta de que no recuerdo el nombre que le puse cuando me lo regalaron. Volteo al centro, espero que ese punto negro no sea una maldita araña, me quedo un rato en esa posición. Volteo a la izquierda, miro el dibujo que hice años atrás en la pared mientras reflexiono por qué aún no lo he pintado.

Vuelvo al centro, el punto negro ya no está...

Aura
Técnico en Bibliotecología y Documentación

Había una vez un ogro

No tenía nada que comer, el rugido de mis tripas ya empezaba a darme vergüenza. Recuerdo que en el pasado el hambre me ponía de un genio de los demonios. Me convertía en un ogro que podía devorar al mundo y destruirlo todo y a todos. Hasta recuperar la paz. O eso creía.

No era sencillo, las personas cercanas no lo entendían, se burlaban cuando solo era yo, pero apenas aparecía el ogro, huían aterrorizadas a esconderse lo más lejos posible. Tampoco podían entender la frustración ni los caprichos de un ogro tan exigente, pues no bastaba para él la cantidad, importaba igualmente la calidad de cada bocado, cada textura, sabor y sustancia. Si la ofrenda no satisfacía al ogro, el hambre se iría, pero él seguiría vigilante, gruñendo a la más mínima provocación.

Un día, decidí tomar las riendas del asunto e intenté ahuyentarlo con cantidades exorbitantes de comida y golosinas. Y aunque se aturdió bastante, el plan no resultó. El ogro continuó viniendo, más exigente y huraño que antes. Sabía que podía tenderle una treta y no iba a dejarse engañar. Era férrea inconsciencia, la fuerza del vacío en su interior, la ira desatada de sus berrinches y reclamos.

Después de un tiempo, decidí que tal vez debía domesticarlo. Pero ¿cómo? Era una bestia que había aparecido sin ser llamada, tan antigua y poderosa como una deidad. Tenía que enfrentarla, aunque hasta a mí me daba terror. Me angustiaba cada día, cada hora me concentraba en lograr evitar al ogro. No sabía qué más podía hacer.

Entonces, recuerdo que comencé a proponerle acuerdos. Sí, extraño. ¿Cómo se me ocurría confiar en un ogro? Pero no tenía más opción. Y empecé a entender que este ogro también tenía una his-

toria. Tenía sus razones, su verdad. De pronto, comencé a escuchar y entendí que en sus gruñidos había pequeños retazos de heridas y dolores que no había querido mirar.

Hoy el ogro casi ha desaparecido. De vez en cuando, cuando el hambre me atrapa, escucho su lamento, distante, lejano. Entiendo que le fallé, pero le prometo cuidar mejor de él la próxima vez. Y entonces, suavemente, el ogro regresa a su guarida. Sabe que al fin puede descansar confiando en mí.

Camila Miranda Urra
Técnico en Bibliotecología y Documentación

Feliz cumpleaños

La lluvia tiene un aroma que me recuerda a una mujer que besé. Su olor de perfume se mezclaba con las lágrimas de una tormenta por la noche. Y mis labios brincaban suavemente sobre los suyos, como una firma. Y mis dedos se abrían entre su hermoso cabello negro.

Húmedo. Pegajoso. Brillante.

Era mi cumpleaños. Ella estaba invitada a la fiesta y me tomó de la mano cuando decidió que todos estaban distraídos en sus propios mundos, dialogando con máscaras perversas y patéticas. Me guió hacia mi pieza. Sabía lo que venía y mi pulso estaba acelerado. Me gustaba, pero hacía tiempo que no tenía sexo. A decir verdad, lo extrañaba; me invadía una poderosa alegría por saber que lo haría con ella. Su mano izquierda se posó en mi mejilla. Era cálida. Su mano derecha encontró mi entrepierna mientras nos besábamos con los ojos cerrados, dejándonos llevar por el calor que impregnó la habitación en una noche tormentosa.

Toc, toc.

La persona que tocaba la puerta no esperó una respuesta y comenzó a abrir. Era mi madre. No despegamos nuestros cuerpos sudorosos, todavía vestidos, hasta que mi madre ya estaba dentro del cuarto. Solo nos vio un instante y nos avisó que ya era hora de apagar las velas. Mi chica especial salió primero que yo, mi madre me detuvo en seco cuando caminaba hacia la puerta. Me miró a los ojos con expresión seria. Luego sonrió.

—Vamos. La torta es de chocolate. Sé que te gusta mucho. Y que también te gusta la torta de chocolate —dijo intentando contener su risa.

Me miraba fijamente, esperando ver que captaba el mensaje. Lo hice, aunque tardé un momento en comprender que ella, al parecer, sabía que yo estaba enamorado de aquella chica.

—Gracias, mamá —dije también sonriendo y la abracé.

El sabor de la torta era mejor de lo que esperaba. Todos canta-

ron Feliz cumpleaños y alguien gritó: ¡Pide un deseo!

Todos guardaron silencio para que me concentrara en pedirlo dentro de mi cabeza; pero no era necesario. Miré a mi chica especial. “Ya tengo lo que deseo”, pensé. Apagué las velas. Aplausos. Todos tuvimos nuestra ración de torta y besé los labios de mi amor frente a ojos curiosos. Podía sentir el sabor a chocolate con el sabor de sus besos y no hay palabras suficientes para describir aquel sabor. Solo diré, que fue delicioso. Ella era deliciosa.

La extraño...

La acompañé hasta el paradero que le servía para llegar a su hogar. Nuestra ropa estaba pegada a nuestra piel y no sabríamos decir si era exclusivamente por la lluvia o que también nuestro sudor de pasión nos envolvía y se camuflaba por el agua del cielo. La besé. Fue la última vez que la vi. Su muerte fue por el choque que hubo entre el chofer que conducía su vida y el auto fantasma que surgió de la nada.

Hoy es mi cumpleaños. Y llueve. Hay torta de chocolate. No quise invitar a nadie. Mamá me abraza.

Feliz cumpleaños.

Vicente Espinosa Gutiérrez
Técnico en Bibliotecología y Documentación

Nos miramos a los ojos

Ella apareció de la nada, sin avisos, sin preguntas. Llegó a desordenar mi vida, tan ordenada; todo tenía su lugar, pero ahora, nada es lo que creía. Todos los patrones establecidos ya no tenían importancia.

Era verano, las mañanas luminosas, la mente puesta en la realidad, en la familia, en el quehacer diario, como cada día. Pero no era un día cualquiera. Mis oídos escucharon ese nombre, mis ojos vieron escritas sus palabras. ¿Quién era? ¿Cuáles eran sus intenciones? Mi curiosidad no tuvo límites. Aunque me dolía, la curiosidad ganó, no pude evitarlo ¿Nos juntamos? ¿Nos conocemos? Todo se revolvía dentro de mí, el corazón me palpitaba a mil por hora. Nos miramos a los ojos y todo pareció tan claro.

Te pedí, te anhelé sin saberlo, te llame a tu puerta. Ya nada será igual.

Hoy veo la vida junto a ti, caminamos juntos de la mano, planeamos juntos nuestros proyectos y damos juntos nuestras batallas. Aunque, a veces, estamos en lados opuestos de la lucha.

Lo único que queda por decir es gracias por irrumpir lo establecido y darme la alegría de la libertad.

Valeria Biglia
Técnico Bibliotecología y Documentación

(Sin título)

Las estrellas cantan y susurran en el cielo. Todas sus hermanas cuentan la historia de sus padres, el Sol y la Luna, sobre cómo la primera vez se juntaron creando a sus numerosos hijos.

Solo entonces, la gran familia quiso ser vista por la Tierra, pues su brillo les impedía dejar la arrogancia de ser lo más hermoso que hubiera existido.

Los planetas solo podían envidiar su belleza en las inalcanzables alturas. Y los amores imposibles para su lejana estructura.

Mas, cómo lloraban también las estrellas, en piedad por sus hermanas caídas.

Constanza Rodríguez
Técnico en Bibliotecología y Documentación

(Sin título)

Había una vez una chica solitaria. Su madre murió en el parto y su padre nunca fue parte de su mundo. Ella estaba sola y recibía la lástima de todas las personas que la conocían. Pero lo que ellos no sabían, era que tenía un compañero. Así es, un muñeco de porcelana que alguna vez perteneció a su abuelo. Ella, Elizabeth, y él, Lance, eran inseparables. Todas sus penas, inseguridades, miedos, alegrías, absolutamente todo lo compartía con Lance.

Una noche, la chica decidió jugar afuera, en su gran jardín junto a Lance. Perdida en sus pensamientos y bajo la oscuridad del cielo nocturno, comenzó a notar una luz acercándose. “Debe ser una estrella fugaz”, pensó.

Recordaba las leyendas que hablaban sobre pedir un deseo y pensó que sería tonto e imposible, pero, por alguna razón, no pudo evitarlo. Mientras veía la luz pasar, deseó con todo su ser lo único que anhelaba: “Deseo tener a alguien a mi lado”, mientras derramaba una lágrima, cerró los ojos y esperó.

De repente sintió calor cerca suyo y una mano que limpiaba sus lágrimas. Asustada, abrió los ojos y se preparó para defenderse, pero frente a ella estaba la misma figura que la había acompañado durante años.

—¿Lance...? —susurró y el hombre que estaba frente a ella sonrió.

—No temas más, mi princesa, nunca has estado sola y nunca permitiré que vuelvas a sentirte así.

Cerrando los ojos y eliminando la distancia entre ellos, Lance le da un suave beso en sus labios y, de alguna manera, Elizabeth supo ahora que su deseo se había hecho realidad.

Esperanza Bernhardt
Técnico en Bibliotecología y Documentación

Anhelo

Si me quisieras,
el frío en la cara no dolería tanto.
Si me quisieras,
mi mente ya no estaría en blanco.
Si me quisieras,
en los días de lluvia
solo las calles se inundarían.
De orilla a orilla
las hojas bailarían.
Si me quisieras,
no sería culpa mía
esta desbordada manía
de imaginar tu boca con la mía.
Tú, bien cerquita.
Mi respiración se agita
al escuchar cómo palpita
mi corazón y el tuyo
al unísono.
Olvidarme de esa sensación
que me hace recordar
que el invierno es cruel
y que con él
también lo es tu piel.
Si me quisieras,
no estaría repasando
esos versos recitados
que gozaban de encanto.
Si me quisieras,
no anhelaría aquel día
en que, por un momento,
me quisiste.

Macarena A. Gormaz Cortés
Técnico en Bibliotecología y Documentación

(Sin título)

Aquí les cuento cómo Romualazo sí cumple los deseos.

Bueno, un día iba caminando con la Charli por la Estación Central y me mostró la animita de Romualazo. Me dijo que le pidiera un deseo y así lo hice.

Me preguntó:

—¿Qué le pediste?

Y le contesté:

—Le pedí valorar a las personas.

Con la Charli duré cuatro años de pololeo. La engañé con otra, así que me pateó. Luego pasé tres largos años donde nadie me tomó en cuenta, hasta que por fin encontré polola, la cual me engañó con una chica. Fue así como valoré a la Charly y a los amigos que estuvieron conmigo esos tres años que nadie me tomó en cuenta.

*José Yáñez
Técnico en Bibliotecología y Documentación*

El mundo sigue girando

El mundo se ha detenido por un instante. Conoces a una chica y te atrae sin razón aparente. Solo puedes afirmar que sus ojos transmiten encanto. Son vidriosos y te enamoran con una intensidad inconmensurable, hasta el punto en el que sientes las ganas de decir: Basta, ya, me rindo. Tú ganas.

El mundo sigue girando. Y luego de sentirte como el sujeto con más suerte en la puta historia, llega el momento de cerrar los ojos, besarla y acariciar sus mejillas mientras lo haces. O tomar un lado de su cabeza y sentir su cabello entre tus dedos.

El mundo sigue girando. Hacen el amor por primera vez, juntos en un día lluvioso luego de un paseo por las calles de Ciudad Pasión, donde puedes ver día y noche a parejas enamoradas caminando juntas, tomadas de la mano. Luego de un almuerzo romántico, con nadie más en casa que ustedes dos, se dirigen a la cama de los sueños bonitos y dulces.

Faltan dos meses para la gran pelea.

El mundo seguía girando alrededor de ustedes, pero cuando llegó esa noche trágica y memorable, sintieron que el mundo se detuvo por un instante. Los insultos y gritos asfixian al pobre amor que se encuentra agonizando en el piso, lleno de su propia sangre derramada. Su cuerpo está retorcido de dolor. Repugnante final.

El mundo sigue girando. Y luego del duelo del corazón roto, luego de haberla visto un par de veces en donde estudian, reprimiendo el impulso de correr hacia ella, tomarla del brazo, llevarla a un lugar privado y decirle que la amas y que por favor te perdone por haberla insultado; luego de odiarte por las noches hasta las lágrimas y el sueño; luego de castigarte con un cuchillo en la muñeca... Luego de todo eso, sientes por fin que la herida está sanando. Tu cuerpo, tu corazón y tu alma se están recuperando.

El mundo sigue girando. Te comunicas con ella por un chat. Le preguntas cómo está, te responde “bien” y te devuelve la pregunta. Le dices que más o menos. Ella te pregunta qué te dio por hablarle

de repente y tú no hayas mejor respuesta que decir: “La verdad, no tengo idea”. Ella dice “Bueno”, tú terminas diciendo “Adiós” y ella contesta un “Nos vemos”.

Ese “Nos vemos” no sabes si es algo bueno o malo. Tienes la impresión de que ella te ha superado.

El mundo sigue girando. Tantas veces repasaste aquella última discusión, aquella escena de mierda que significó el fin de todo y después de esta última conversación con esa mujer que un día creíste amar con la fuerza del alma, te das cuenta de que, contra todo pronóstico, no sentiste que aumentaba tu pulso cuando recibiste su mensaje. Tu corazón no mostraba reacción fuera de lo normal.

Y piensas para tus adentros: “Tal vez la estoy superando”. Y suspiras aliviado. Y te sientes más ligero. Y sonríes.

Y el mundo *sigue* girando.

Vicente Espinosa Gutiérrez
Técnico en el Bibliotecología y Documentación

(Sin título)

De vez en cuando
pienso en el paraíso,
pero no cualquiera;
uno plagado de rosas negras
y blancas
cuyas espinas crecen hasta los límites
de mi mente.
Y el pequeño ego que huye
es atrapado:
¡Estalla!

Una y más veces se repite
aquel pensamiento
y el final siempre es así.

Excepto cuando me besaste
ese día.
La cabeza resistió.

El pequeño ego pudo esconderse,
sobrevivió.

Carlos Cruz N.
Técnico en Bibliotecología y Documentación

En nuestras memorias

Cabalgando mi testarudo caballo, recorrí los bosques espesos en dirección a las colinas y, quizás, más allá de ellas. El sol se filtraba entre las copas frondosas de los árboles y se distinguía un cuerpo al margen del camino deshabitado, arrastrándose y luchando por seguir con vida. No lo podía creer. ¿Alguna víctima de la guerrilla? ¿Un trotamundos desdichado y la inagotable muerte en pos de él? Tiré de las riendas para desviarme hasta el borde y salté a un costado encontrando mis pies con la tierra. Sobre la polvorosa, me aproximé hasta el cuerpo caído, de espaldas a la vida. Distinguió mi cuerpo acercándose y estrechó mis manos cuando estuve junto a él, irguiéndose apenas entre gemidos con sus penosas últimas fuerzas y reclamando auxilio ante un deseo que él no conseguiría cumplir por sí mismo. Necesitaba que su mensaje llegara a destino.

El último tiempo ha resultado devastador para ambos pueblos y quién he de ser yo para negarme a tal añoranza sincera de aquel desdichado que hubo sido llamado para luego ser olvidado a mitad de trecho, en el olvido y la penuria. Le prometí, por mi amada hija —que espero algún día encontrar—, que lo haría.

El caballo que yo poseía, azabache y testarudo como su amo, atendió a mis palabras y mi promesa ante el hombre, el desconocido que he dejado atrás. Nunca, siendo sincero con mi mente y alma, había galopado con tal vigor y resolución. Mi animal no necesitó de agua o comida para sostenerse a tal ritmo frenético. Dos días y dos noches nos bastaron para que, ante el umbral del alba circundando de improviso los lindes del vasto terreno de aquella morada alejada de todo pueblo, con aquella petición del hombre moribundo en el bolsillo interno de mi cazadora, llegáramos a destino.

A medida que, dando pequeños tumbos junto a mi caballo azabache y testarudo, avanzábamos entre los valles y sobre las colinas,

me interrogaba sobre el verdadero porqué de mi necesidad al ofrecerme obligado a transmitir aquel, quizás, último mensaje del hombre de nombre ignoto. No se resolvió sencillo, pero lo acepté. Tenía una deuda con la vida, el mundo... Mi hija... Y hoy debía saldarla a como diera lugar. Veinticuatro años han pasado desde esa fecha en donde me sometí a la desesperación. ¡Oh, fatídico incendio que colmó el pueblo y con ello se llevó a mi esposa y mi hijo menor! Pero la niña... ¡La niña! ¡Dónde estás, pequeña!

Recuerdo perfectamente esa noche colmada de humo y cenizas al son del viento. Las personas, por años conocidas, con las que compartí tantas historias, ahora irreconocibles, histéricas, intentando salvar a sus conocidos y familiares atrapados entre los escombros y las brasas consecuentes de aquel incendio. Yo mismo desesperé al ver cómo los cuerpos de mis amados eran despedazados por las álgidas llamas; cómo desde su piel brotaban ampollas y la carne humeaba ennegrecida por la calcinación. Sin embargo, los habitantes conservaron los cadáveres... El cuerpo de mi hija jamás lo encontré.

¿Y quiénes fueron finalmente los culpables de aquella masacre hace veinticuatro años atrás? ¿La naturaleza? ¿Bandidos? Definitivamente no fue causado por la primera. Pero ha pasado tanto tiempo desde ese evento que ya me he decidido por dejarlo descansar. De todas formas, no se nos devolverán las vidas robadas. No obstante, nunca he perdido la esperanza de reencontrarme con mi hija. He viajado por décadas buscándola y, si bien aún no me doy por vencido, es posible que nunca la encuentre.

Bueno, no permitiré que le ocurra a este hombre cosa similar, si puedo evitarlo. Y claro que puedo. Su último mensaje, su legado, llegará a destino.

¡Ahí está! ¡Ante mí!

Desmonto mi caballo y camino hacia la morada alejada del resto de la comunidad. Mi caballo aguarda obediente y el sol me abrasa el cuello y acaricia la espalda cubierta por la cazadora. La puerta está cerrada y la casa parece deshabitada, sin embargo, llamo a la puerta. Minutos después y tras varios intentos, quien resultase ser la hija del moribundo, abre forzosamente la puerta. ¡Dichoso y sinuoso destino! ¡Un rostro idéntico al de mi hija años atrás! Le pido que llame a su madre. La niña echa a andar, cerrando la puerta, pasillo adentro. Distingo una voz. ¿Es para todos posible un final feliz?

Patricio Guerrero
Técnico en Bibliotecología y Documentación

(Sin título)

Entró en la cafetería como cada viernes. El lugar estaba repleto de personas, amigos, familia, pero como siempre, Felipe había ido solo. Y no es que fuera una persona del todo solitaria, pero su mejor amigo se encontraba trabajando en ese horario. Y no iría con su madre a la cafetería donde se volvía un tinto cada vez que Anís lo atendía.

Se sentó en la misma mesa de siempre, aquella en la esquina que lo hacía pasar desapercibido para el resto de las personas, pero que le permitía tener una visión excelente de todo el lugar. Y la vio, con su extravagante cabello color rojo y sus pecas desparramadas por la cara.

Al verlo, ella le sonrió y le hizo una seña que indicaba que enseguida lo atendería.

Llevaba dos años asistiendo a ese lugar rigurosamente los viernes. Lo encontró de casualidad una tarde en la que fue a ver un trabajo —lo cual terminó en nada—. Aun así, cuando vio a la chica sonriente que lo atendió, no pudo dejar de regresar.

Michelle Cerda Gómez
Técnico en Bibliotecología y Documentación

Camino a casa

Caminando a casa con audífonos, me puse a recordar cuando nos conocimos. Sentí de nuevo ese escalofrío que siento cuando estoy contigo. Nos conocimos un día de abril en el colegio. Un día soleado...

Aún recuerdo nuestra primera conversación y aunque mostraste un carácter frío, fue justo lo que me enamoró de ti.

Aunque hoy en día las cosas estén frías y no tan bien, mi corazón siempre será tuyo, como también mi primer beso, mi primera risa, mis primeras ilusiones y mi primer te amo.

Cote Ancamil
Técnico en Bibliotecología y Documentación

Ella

Ella era una mujer sencilla y discreta. Mucho no se hacía notar en los eventos sociales ni tampoco destacaba dentro de sus pares, pero con el paso del tiempo, su matrimonio y el nacimiento de sus hijos, comenzó a involucrarse más en su nueva familia. Siempre fue una mujer dulce, considerada y amable, pero luego de eso se ofrecía como voluntaria para ayudar a los demás. En cada evento familiar llegaba de las primeras y así, ayudaba con el orden, la comida y se quedaba hasta el final para apoyar con la limpieza.

Motivada y con una enorme sonrisa en su rostro, se desplazaba por el lugar haciendo pequeños chistes, atendía a los invitados y conversaba con ellos, generando un agradable ambiente mientras cargaba una copa de vino. No se sabe en qué momento se convirtió en el alma de las fiestas. Le gustaba hacer *performance*, organizaba presentaciones que la involucraban a ella usando vestidos elegantes y peluca, mientras hacía mímica con una pista de fondo y un cigarro en su mano. Creo que hasta lo disfrutaba.

Lista en todo momento para acompañar, aconsejar y dispuesta a utilizar sus conocimientos en diversas terapias para quien lo necesitara.

Era una mujer humilde y sin malas intenciones, que descubrió una nueva faceta de su ser, una nueva manifestación, una nueva *ella*.

Aura
Técnico en Bibliotecología y Documentación

Entre velos

Quiero iniciar
aunque no tenga
nada que ocultar.
Que más que mal,
sí me gusta hablar.

Entre blancas cortinas,
una tras otra,
una tras otra,
me voy achicando.

¿Soy yo o se está
poniendo helado?
Winter is coming.
But is also coming
the truth

¿Me quieres contar?
Let me try
Intentar adivinar.
¿Dónde estoy?
Where am i?

Creo reconocer
en aquel amanecer
un tierno jardín
cubierto de flores.
De aquí hasta allí,
en eterna primavera,
cercada entera

de blanco infinito.
Pétalos contiguos.
Oculto
como tierra prometida,
lleno de vida.

Pañuelos en mi bolsillo hay.
Por si te decides.
A intentar.
A ver.
Qué hay más allá.

Macarena A. Gormaz Cortés
Técnico en Bibliotecología y Documentación

Me gustan los árboles

Cuando el mundo era un lugar desagradable en el que existir, me quedaba mirando los árboles mientras viajaba en la locomoción. Entonces me preguntaba, ¿cuánto han vivido? ¿Cuánto han conocido? ¿Cuánto que no podemos saber?

Los árboles tienen su propio lenguaje de raíces y señales químicas. Casi como nuestros cerebros o quizás mejor.

Los árboles viven y cuidan aquello que les rodea, algunos incluso son capaces de acomodar sus ramas y follajes para compartir la luz del sol y el aire entre sí. ¿Te imaginas cómo sería todo si las personas pudiéramos ser un poco árboles?

Los árboles tienen su propio tiempo, su propio ritmo y cadencia que se mide en los ciclos del sol y la luna, de salvia y corteza, de lluvia, pájaros y hormigas.

¿Soñarán los árboles? ¿Cómo se vería el mundo en sus sueños? ¿Qué colores y qué aromas tendría?

Me gustaría soñar, un día, el sueño de los árboles. Viajar con la semilla al origen del universo y encontrar en el canto de su eco las respuestas que sigo buscando.

Camila Miranda Urra
Técnico en Bibliotecología y Documentación

(Sin título)

Anhelo abandonarlo todo e irme, pero ¿dónde iría? Si bien estoy en este sórdido y húmedo callejón, sería hipócrita criticarlo después de tanto abrigo que me brindó en los días y noches invernales; después de tantas pequeñas alegrías.

¿Acaso siento aprecio por este lugar? Después de que me tuviera cautivo por tantos años... No, no es aprecio. Es la intensa nostalgia que juega con mi mente creyendo que todos aquellos años que pasé aquí son lo mejor que me pudieron haber pasado, cuando en realidad, viví siempre atormentado por el miedo a que si dejaba este lugar, mi situación sería aún peor.

Reventaré esta burbuja y saldré adelante, sin temor ni arrepentimientos. Pero antes de partir, dejaré algo para el próximo inquilino de este sórdido y húmedo callejón:

SAL DE TU ZONA DE CONFORT

Isaac Inzunza
Técnico en Bibliotecología y Documentación

La plaza

Casi mediodía, una linda mañana —para ser Santiago—. Salimos de clases —una clase soporífera—. F se sigue quejando y hablando.

—¡Esto es impresentable! Pero, mira, espérate, déjame contextualizar. Para poder referirme a este tema debo remontarme al período...

—Pero, weón —lo interrumpe M—, ¡vamos a chupar, loco! A la plaza de los volaos, ahí seguimos conversando. Si demás que la hacemos en este rato. Si nos tomamos una y volvemos. Si es súper fácil, loco.

Todos estamos de acuerdo con M. Caminamos, pasamos la primera cuadra y nos detenemos a comprar unas sopaipillas. F, mientras llena de ají la suya empieza a quejarse de nuevo y a querer continuar el tema. Le digo que mucho texto, que mejor se coma la sopaipilla y que tenemos poco tiempo y que al llegar a la plaza seguimos hablando, ¿todos de acuerdo? M, J y V me apoyan, por lo que seguimos caminando.

Pasamos la segunda, la tercera cuadra y llegamos a la botillería. ¿Lo de siempre, mi hermano? Le digo que sí, que queremos la promo de siempre. V pregunta por la hora, que cuánto falta para la otra clase, que si vamos a llegar tarde, que ya está cansado. Para que se calle le compro un pan. Problema resuelto.

Estamos llegando a la plaza de los volaos. Tranquilo, F, le digo, ahora nos terminas de contar, cálmate. Nos vamos a sentar en la banca de siempre. Dejo la mochila sobre ella. Acto seguido, M se va a sentar. Pega un salto y dice, ¡loco, la banca está recién pintada! Mierda, digo. Tomo la mochila y lo compruebo. Está toda pintada, nos reímos —muy a mi pesar— y M dice que deben estar todas pintadas, que vayamos mejor al otro extremo de la plaza donde hay otras bancas.

Seguimos caminando, estamos cerca de otra banca, en la plaza

hay poca gente, aún es temprano y todo está tranquilo. J empieza a sacar las cervezas, V está terminando de comerse el pan, F ya está tomando aire para terminar de decir lo que quería, yo sigo mirando mi mochila y M se sigue riendo de mi infortunio.

Ya estamos a un par de pasos, pasamos detrás de dos locos que estaban de espaldas a nosotros, en otra banca fumándose un pito. De la nada aparecen otros dos y aprovechando que estaban desprevenidos, uno de ellos se abalanza sobre el que estaba más cerca nuestro. Lo toma del cuello y le grita algo. Luego lo tira al suelo y sigue gritándole. El amigo del que estaba en el suelo trata de intervenir aún con el pito en la mano, pero el otro lo frena.

Quedamos en shock. F dice sigamos, sigamos. Llegamos a la banca, me cercioro de que no esté recién pintada y dejamos las mochilas. La escena acaba pronto. Cuando nos volteamos a mirar, los agresores ya no están. Los que estaban tranquilamente fumándose un pito, ahora están a unas tres bancas de la nuestra, cerca de la calle.

¿Qué podemos hacer? Sacamos las cervezas y empezamos a tomar. M dice, ¡oh, cacha weón, la media volál! Todos miramos, al que golpearon. Se había sacado la polera y la sangre le empezó a brotar de la parte alta de la espalda. Mientras se revisaba las heridas, su amigo trataba de hacer parar una ambulancia, pero sin éxito.

¡Lo apuñaló! ¡Terrible de piantel!, dice M. Todos tomamos un sorbo de cerveza y tratamos de reír. Bienvenido a la jungla, le decimos a V. Este nos mira, con la lata en la mano, aún sin abrir y nos dice, pero qué onda, qué pasó. ¡Mira! Sigue sangrando, ¡ahora está lleno de sangre! Volteamos a ver de nuevo al apuñalado y sí, ya tenía toda la espalda ensangrentada y comenzaba a tambalearse por lo que su amigo tenía que afirmarlo para que no se cayera al piso.

Seguimos tomando. Esto es culpa de las bancas recién pintadas, le digo a V. Todos reímos, pero V sigue mirando al apuñalado —aún con la lata sin abrir—. F comienza a hablar:

—Bueno, retomando lo que estaba diciendo cuando salimos de

clase, debo primero contextualizar...

J lo interrumpe y dice ya estamos en la hora, ya va a empezar la clase. F levanta los brazos y dice, pero ¡cómo! Nos terminamos las cervezas –me tomo la de V– y emprendemos el camino de vuelta.

–Ahora esta ya no es la plaza de los volaos –les digo–, es la plaza de los apuñalaos.

Moisés Cuevas Troncoso
Técnico en Bibliotecología y Documentación

(Sin título)

—¡De aquí hasta la China!

Mi papá se expresaba con absurdos siempre que se molestaba con algo que escapaba de sus manos o de su comprensión. Usualmente era yo quien detonaba estas reacciones y me resultaban cómicas.

Algo había detrás de esas expresiones ridículas que empleaban los adultos. ¿No se suponía que eran más inteligentes? Ellos debían aclarar las dudas de los niños, educarlos, enseñarles a ver y vivir la vida. Pero a veces parecían lejanos, ajenos.

Uno veía y vivía la vida a su modo. Me juntaba con amigos o tan solo conocidos (incluso extraños) que compartían conmigo ciertas nociones. Que me reafirmaron. Algunas veces, hasta aceptaba las críticas o confrontaciones que, creía, enriquecían mi mentalidad, mi punto de vista.

Mientras crecía me volví más inteligente, o al menos me equivocaba menos. Identificaba mis errores, pero ya no los corregía, prefería ocultarme. Ocultar una ineptitud que no aceptaba como propia.

Solo después de compartir con mis sobrinos y primos más jóvenes, y más tarde mis propios hijos, me dí cuenta de que debían apoyarse en alguien de confianza. Y reafirmé mi postura de ocultar mi propia ineptitud para cubrir aquel rol. Los niños y su gran energía, a veces, me abruman y busqué formas de escapar, de evadirlos.

La paciencia nunca fue mi fuerte y al sentirme desbordado, ya no me bastaban las coherencias. Al final entendí.

—¡De aquí hasta la China!

Claudio Cisternas Vargas
Técnico en Bibliotecología y Documentación

Las aventuras del Lleyo

—Oh, este año ha llegado a su fin —hablaba para sí, Lleyo, melancólico en su pupitre, con esa característica voz ronca de *vago del centro*, adicto a la botella—. Parece que a todos les hace sentido la noticia, el que haya llegado este día. Se ven todos tan felices... Pero yo no lo estoy. ¿Cómo podría llegar a sentirme, sino devastado al saber que esta es una despedida?

»Salen de cuarto. ¡Cómo celebran! Pareciera que no me ven, que no existo. Rogelio, el dulce Rogelio, evitando entre sus risillas nerviosas y aguda voz que el Mike no le quite sus cosas antes del último timbre... El Wata, que parece celebrarlo a su manera, siempre observando, como si en cualquier momento pudiera decidir el destino de todos nosotros. Y pensar que parece más una garrapata que cualquier otra cosa... Pupilo, simplemente se ha vuelto chabacano... Shalo, en lo suyo, esforzándose por llegar vivo al final del día. Si tan solo pudiesen ver cómo llegó a quedar colgado de las aspas del ventilador, pidiendo auxilio con su voz estúpida, retardada, entre Scooby Doo y Barney Gómez... Y el resto que, bueno, celebra a su manera. Solo sé que este año se ha acabado. Es un ciclo que llega a su fin, que pareciera haber sido tan solo un suspiro. Por eso cavilo sobre esto, sentado frente a mi pupitre, en solitario, meditabundo.

»Creo que una voz a lo lejos me llama. “Ahí está”, dice. Creo que es el profesor de biología. No levanto la cabeza pese a darme cuenta de que más que llamarme, dirigía a otros hacia mi posición.

»¿Es que no entienden que quiero estar solo?, les digo. Pero no hacen caso. Se acercan más y más, casi rodeándome, arrebatando mi autoinducida soledad. Me obligan a levantarme y compartir con otros, jugando a algo, qué sé yo. Me juntan las muñecas y guían, mientras solicitan un poco de espacio para que este melancólico desdichado pueda avanzar. Sin embargo, al salir al exterior de la sala, donde el sol pega directo en los ojos, decido volver mi cabeza y

sonreír por última vez a mis fieles amigos. Una sonrisa no del todo vaga, por cierto. Sé que, pese a esta despedida, nos volveremos a encontrar.

—Barbudo, ¿qué haces? —emergió una voz desde el otro lado del pequeño habitáculo.

Lleyo levantó su mirada parsimoniosamente, volviendo en sí. Sus ojos eran una ambivalente mezcla de melancolía y esperanza. Aunque, en definitiva, la primera parecía consumir a la segunda.

—¿Qué haces? —repitió el hombre de largos mechones.

—Repaso mi día.

—¿Qué hiciste? ¿Por qué estás aquí?

—Di más de lo que recibí. Amé más de lo que debí amar. Compartí más de lo que podrían otros opinar.

El hombre se lo quedó mirando, sin comprender nada en esa voz ronca y facciones sin vida.

—Pero lo peor es... —fue interrumpido por una voz que surgía del pasillo.

—¿Que qué hizo? —Se dirigió el oficial al hombre que compartía celda con el Lleyo—. Estaba al interior de un colegio, *eso fue lo que hizo*. Fingió trabajar allí. Fingió ser un estudiante más. También se hizo pasar por ayudante de biología. Afortunadamente un profesor dio el aviso.

El hombre miraba al Lleyo y su mirada vacía, que poco a poco se humedecía. ¿Es que estaba a punto de llorar?

—¿Te arrepientes?

—Debemos concebir la vida de maneras muy distintas como para que me pregunte eso, oficial.

—¿Es porque tu término de año no fue como el de los chicos?

—A Rogelio lo volveré a ver, al igual que a los demás —aseveró.

—¿Entonces? —terció el otro hombre de la celda.

—En esa celebración... —Se detuvo un momento ante la mirada expectante de los dos hombres. Una lágrima se deslizó por el canto de su mejilla enrojecida. Se vio nuevamente en ese pupitre—. No había cerveza.

Y rompió en llanto.

PéB
Técnico en Bibliotecología y Documentación

Historias de mentira

—Hermano, ¿alguna vez has escuchado de los Nahual?

—¿Hm? No, la verdad es que no me suena ese nombre.

—Pues, es simple. Suele ser que se les dice bestias, como, a ver cómo lo digo, de tipo fantástico y la weá, que suelen cambiar de forma e imitar voces y demás.

—¿Cómo es eso? ¿Tipo como una leyenda o un mito? ¿Tipo, no sé, el Tue-Tue o algo así? No sé.

—Parecido, solo que estos suelen tomar la forma de alguien más y por lo que he leído, como que intenta persuadirte para que vayas a cierto lugar. Tipo, no sé, al bosque.

—Qué raro, pero suena interesante. ¿Sabes que la ficción es más interesante que la vida real?

Luego de un par de horas conversando y riendo, ambos amigos simplemente olvidaron el tema con el cual Nicolás había empezado. Cuando las estrellas comenzaron a adornar el cielo, Cris se levantó y mientras estiraba sus brazos, le dijo a Nicolás:

—Nico, ¿sabes qué? Me voy hermano, ya se está haciendo tarde y no quiero que me pase algo caminando de vuelta.

—Querrás decir que no te atrape ningún Nahual.

En esto, Nicolás comenzó a reír mientras se levantaba y despedía a su amigo dejándolo fuera de la casa. Ambos habían pasado una buena noche juntos y mientras Nicolás sacaba su teléfono decidiendo qué decirle, le manda un mensaje a Cris.

“Hey, cuidado con el Trauco que te puede pillar jsjsjsjssj”

“Si, si, cuando existan te creo”

Luego de esa pequeña charla, Nicolás hizo los deberes de la casa. Entre que lavaba los platos, recibió varios mensajes, los cuales no contestaba ya que tenía las manos mojadas. Los minutos pasaron y los mensajes siguieron acumulándose, hasta que llegó una llamada de improvisto. Nicolás, algo disgustado y molesto, seca sus manos como puede y contesta agitadamente.

—Hola, ¿qué? ¿Qué pasa?

Del otro lado solo se escuchaba una respiración profunda, pero estable. Cuando de repente, logró escuchar una voz del otro lado, una voz temerosa y aterrada.

—¿Nico? Soy yo, Cris. ¿Recuerdas de lo que hablamos? Creo que eso realmente afectó mi cabeza. Estoy en la esquina de Libertad y está muy oscuro. Mi madre no contesta y no tengo las llaves de mi casa. ¿Podrías venir a buscarme? Lo necesito.

—Dios, ¿Cris? No entiendo, ¿tanto miedo te dio? Solo son historias de fantasía, tú mismo lo dijiste. Bueno, bueno, voy en camino.

Nicolás tomó sus llaves, su bate, por si las dudas y salió de casa hacia la calle Libertad. En el camino dudaba de si esto era una broma o algo legítimo de parte de Cris. Recordó los varios mensajes, así que decidió verlos mientras llegaba a la esquina. Quedó perplejo. Todos los mensajes eran de Cris pidiendo ayuda, múltiples veces y uno de estos mensajes venía con una foto, una horrible cara humana con un cuerpo de lo que parecía un ave. Nicolás no podía comprenderlo, no quería comprenderlo, hasta que llegó a dónde se encontraría con Cris. Él estaba simplemente parado bajo la señal de la calle Libertad. Nicolás, con miedo y duda, le dijo a la lejanía.

—¡Hey, Cris! Me diste un susto, ¿sabes? Vamos a mi casa y me dices cómo hiciste esa...foto...

Mientras terminaba su sentencia, Cris se dio la vuelta repentinamente y comenzó a caminar de una manera que solo se puede describir como algo bizarro, tambaleándose de lado a lado, como si fuera nuevo en esto. Nicolás, temiendo por su amigo, comenzó a seguirlo manteniendo cierta distancia y tomando firmemente su bate con ambas manos. Luego de agonizantes minutos que parecieron horas para aquel temeroso chico, aquel lugar repleto de casas, calles de asfalto y comodidad, fueron sustituidas por árboles, un camino de tierra y un profundo sentimiento de miedo y una ansiedad horrible. Sin embargo, de la nada, Cris se detiene en medio del oscuro paisaje. Nicolás bota un suspiro de valor y se acerca a él de frente.

—Hey, Cris, ¿estás bien...? Nos alejamos mucho del pueblo, por favor volvamos a casa.

No obstante, Cris no contestaba ni reaccionaba, pareciendo una estatua sin emoción ni señal de vida. Mientras tanto, Nicolás intentaba procesar la situación en la que estaba para no caer en la paranoia profunda. Escuchó a la distancia un rasguño a algo que parecía ser sólido y caminó hacia él lenta y cuidadosamente. Al fin y al cabo, la presencia de animales hostiles por la zona era algo común. Eventualmente se percató de que el ruido provenía de detrás de un árbol del gran bosque que cubría la oscura carretera de tierra, en donde, desde el suelo, se emitía una luz brillante y distractora. Al cabo de unos segundos, reflexionando, Nicolás se envalentona y decide ver qué se encontraba detrás del árbol y se quedó tieso y perplejo. Era una especie de gallina, la cual, con sus garras, estaba arañando lo que parecía ser el celular de Cris. Nicolás se agachó cuidadosamente para recoger el dispositivo y no alertar con su presencia a la monstruosidad al frente suyo. Pero esta, con una espantosa expresión humana, lanzó un grito espeluznante. Entre chillidos y tropiezos, Nicolás logró desesperadamente levantarse con su bate en mano. Corrió hasta Cris, el cual seguía en un estado vacilante y estático, lo

tomó de la mano y lo hizo correr para escapar de aquella anormal alimaña que no paraba de gritar.

Durante la persecución, Nicolás decidió mirar a su amigo para asegurarse de si seguía consciente. Para su horror, aquel ser no era su amigo, más bien, solo tenía el rostro de Cris en lo que se podía asumir que era la cabeza, mientras que el resto de su cuerpo estaba cubierto por una especie de piel color carbón muy áspera. Entre la presión y el miedo, Nicolás cae de espaldas al suelo. La criatura comienza a deformarse, creciendo más y más, con garras de gran tamaño dispuesta a destripar todo lo que se le ponga enfrente. Nicolás, en sus últimos esfuerzos, golpea a la masa amorfa que tenía encima, dejando caer el bate en su esfuerzo por levantarse para poder correr. Cuando vuelve a mirar al frente es muy tarde, la anomalía con forma de gallina está prácticamente encima de él y le grita aún más fuerte. Nicolás simplemente es arrastrado contra su voluntad hacia la oscuridad del bosque.

Los reportes de los noticieros y las autoridades no pudieron encontrar solución al caso. La noche del jueves 15 de marzo, Nicolás Eduardo Edmon y Cris Giovanni Salas se reportaron desaparecidos con su último rastro en la esquina de la calle Libertad hacia las afueras del pueblo. En el bosque solo se encontraron dos cuerpos que no pudieron ser conectados a la investigación, ya que estaban destrozados al punto de impedir ser reconocidos.

Rodrigo Fritz Araya
Técnico en Bibliotecología y Documentación

La boda

Las novias no pueden ser vistas antes de la boda, dicen que es de mala suerte. No obstante, a él no le quedó más remedio que mirarla. Estaba hermosa, radiante, bella y sonriente.

Se acercó a él mientras se acomodaba la preciosa tiara que adornaba su cabello. Su vestido blanco realzaba notablemente su delicada figura. A lo lejos se oía la música previa a la ceremonia, seguramente era el momento en que los invitados estarían tomando sus lugares.

Era innegable que ella era perfecta, siempre admiró su belleza, sin embargo, en este preciso momento, aquel rostro perfecto lo turbó. Pensó que entre ellos no quedaban temas pendientes, pero al verla ahora se daba cuenta de que estaba equivocado, que a pesar de todo lo que había construido en su nueva vida, ella seguía volviendo del pasado. Lo tranquilizó considerar que tenía la fuerza suficiente para acabar de una vez por todas con ella, sacarla de su presente y así no temer que algún día interrumpiera su futuro. Él era fuerte, ella, hermosa y frágil. Pasaron por su mente muchas formas de acabar para siempre con su sonrisa, retorcer su cuello hasta que la luz de sus ojos se desvaneciera o cubrir con sus manos el hermoso rostro femenino hasta que dejara de respirar.

Sus miradas se encontraron y ambos supieron que no habría vuelta atrás. Él se puso nervioso. “Debo irme, me esperan”, pensó.

Entonces, todo lo que antes sintió se convirtió en miedo. Creía que lo había superado, sin embargo, se había equivocado. Aferró el cuchillo y lo enterró en su corazón mientras observaba el dolor y la desesperación en los ojos del ser que tanto amaba.

La ceremonia estaba a punto de comenzar, se impacientó, quiso gritar, pero ya no tenía fuerzas. Escuchó que gritaban su nombre

a lo lejos. Y segundos antes de que se le escapara la vida, la novia que antes amó se acercó y le susurró al oído que la ceremonia no había sido una buena idea, pues si la boda no era con ella, no sería con ninguna otra.

Lizz Aidla

ISBN: 978-956-404-487-3



Biblioteca Cero “Palabras que cuentan” es la continuación del proyecto Biblioteca Cero “Semilla” que iniciamos en 2022. En esta nueva versión ampliamos nuestras redes de acción manteniendo nuestra premisa original dirigida a la comunidad: crear juntos una biblioteca a partir de las creaciones de cada uno.

Nos trasladamos a Instagram para difundir una serie de contenidos para fomentar, tanto la lectura, como la participación en nuestra convocatoria de relatos y poemas. Cuenta que aún pueden seguir en el perfil @bibliotecacero.

Este libro es resultado del apoyo y entusiasmo de nuestros compañeros y compañeras de carrera, así como docentes y administrativos del área de Innovación.

Veintitrés relatos y poemas para reflexionar sobre la vida, los sueños, ilusiones y amores. Pero también un espacio para acercarnos tanto a la realidad, como a la imaginación. Y a esos giros inesperados que nos acechan desde las sombras.

